

Patrimonio musical irrepetible

El disco compacto *Babylon*, de Wálter Ferguson, representa un hito en la discografía nacional

María Clara Vargas

Walter Ferguson es, sin duda alguna, uno de los calypsonian más importantes de la región caribeña costarricense. Como él mismo comenta, durante gran parte de su vida ha cantado todo el día, y sus canciones han sido interpretadas o servido de inspiración a numerosos grupos dedicados a este tipo de repertorio. Sin embargo, a pesar de que muchos amantes de la música lo conocemos de nombre, pocos hemos tenido la oportunidad de escuchar sus numerosas canciones. Es por ello que el disco compacto *Babylon* re-

presenta un hito en la discografía costarricense. No solo presenta a este experimentado cantautor con toda espontaneidad, acompañado nada más por su guitarra, tal como lo ha hecho por años, sino que muestra una gama de canciones muy variadas en su contenido.

Pluralidad

Y es que el calypso, desde su nacimiento a mediados del siglo XVIII en Trinidad y Tobago, y su posterior difusión por el Caribe, a lo largo del siglo XIX, ha reflejado la turbulenta historia de los que lo cantan. Es una música en la que los ritmos sincopados, de origen africano, sirven de apoyo al comentario social y político. En la lírica de Fer-

guson se mezclan sentimientos, personajes y tradiciones de la región caribeña, pero también, y a pesar de que el mismo Ferguson dice que el calypso "es solo una imaginación", está presente la crítica por situaciones de injusticia social, la preocupación ecológica y el comentario irónico sobre la juventud actual, todas ellas preocupaciones muy reales de la sociedad costarricense. La historia desarrollada en las estrofas es subrayada por la base rítmica desplegada por la guitarra y por la repetición de un estribillo, que refuerza el comentario.

Por otro lado, este disco contribuye a recordarnos la pluralidad de la música tradicional. Durante años, nos enseñaron que el *Punto Guanacasteco* era sinónimo de música tradicional costarricense. Sin embargo, a mediados de década de 1960, la Marimba Diríá, con Ulpiano

Duarte a la cabeza, permitió descubrir que la música guanacasteca era más que el *Punto*, al descubrir la riqueza rítmica de pasillos y parranderas. En la década de los setentas, Emilia Prieto llamó la atención sobre la música del Valle Central. La región norte y la del Valle del General, donde destaca Alfonso Quesada, es casi desconocida.

Grabación espontánea

El disco compacto de Ferguson contribuye a completar el mapa musical costarricense al brindarnos un documento sonoro de calidad con música de la región Caribe, también muy poco conocida.

Aunque la música tradicional se caracteriza por ser una música viva, que se transforma constantemente, y en la que cada interpretación es una nueva versión, la grabación permite guardar una de las posibles versiones de al-

gunas de las canciones de Ferguson. Efectuada en su casa, y no en un estudio, y en la que se escuchan comentarios del compositor y de los productores, este disco transmite una sensación de naturalidad y espontaneidad, muy apropiada para este tipo de música, y nos acerca a la sensación que se experimenta al escucharlo en vivo. Es por lo tanto un documento que muestra un patrimonio musical irrepetible, que permite disfrutar de la belleza de esta música pero que también ayuda a los estudiosos a adentrarse en sus características textuales y musicales. Con 83 años, Walter Ferguson, con gran modestia, nos recuerda que el calypso es un reto, al cual ha dedicado y continúa dedicando gran parte de su vida. El Premio *Áncora* en Música de este bienio, reconoce y rinde homenaje a este extraordinario artista y maestro.



Una grabación única

Yazmín Ross

Descubrir que se puede vivir de la música a los 83 años ha sido la mayor sorpresa que Walter Ferguson se llevó al grabar *Babylon*; su primer disco compacto.

Cuando la tecnología digital se hizo presente en su irrenunciable Cahuita, Wálter Gavitt Ferguson observó cómo las cabinas Sol y Mar, negocio de la familia, fueron puestas patas p'arriba para recoger algunas canciones cuyas que la memoria estaba olvidando.

Su guitarra estaba a punto de reventarse y los dedos le ardían a la tercera canción, pero Ferguson sacaba del bolsillo de la camisa su listita de temas y seguía adelante, a veces entusiasmado, a veces urgido de sacarse de encima a Nano Fernández, el sonidista que tan campante le quitaba la guitarra para afinarla, ajustar sus micrófonos y mover todos los pulsanitos de sus consolas hasta aislar el sonido del mar, de las mascotas de la casa y de una refrigeradora lejana.

Para Ferguson, tocar y cantar no pasaba de ser un entretenimiento. Con esa mentalidad grabó las canciones del CD que él mismo bautizó con el nombre de *Babylon*, e incluso le costaba entender que el tiempo invertido en una o dos sesiones de grabación le reportaría un beneficio a largo plazo.

Fueron sus hermanas Marta e Ina, de casi 90 años y residentes en Conneticut, Estados Unidos, las que, sorprendidas de recibir un disco

con la foto de Gavitt, le recordaron cuánta razón tenía su madre Isabelle al insistirle que se dedicara a la música y no a la finca.

Sensible y religiosa, a Isabelle le gustaba mucho cantar y siempre vio en su pequeño Walter un talento natural para la música. Por eso lo envió a Limón donde una tía que tenía piano. La tía Doris nunca lo puso a tomar clases, solo tenía el piano en la casa y Ferguson trataba de tocarlo, entenderse con él, como después lo hizo con la guitarra y el clarinete. Los instrumentos se cruzaban por su camino y en esos azares se fue forjando el calypsonian.

Por mucho tiempo, Ferguson fue uno de los olvidados reyes del calypso del que se disponía un disco de acetato ilocalizable, una edición pirata en el extranjero, un par de videos donde sale parapetado atrás de la guitarra haciendo la mímica de *Cabin in the wata*, algunas grabaciones caseras y las versiones de Manuel Monestel.

Los entusiasmos caribeños de Lidia Blanco, directora del Centro Cultural de España y las habilidades organizativas de Luciano Capelli lograron reunir el capital humano y financiero para recoger el testamento de Ferguson, cantado en inglés limonense. *Babylon* lo acercó al público costarricense y él también descubrió ese público secreto e inesperado que agotó en dos meses la primera edición del compacto.

Para Ferguson, lo más importante ha sido la emoción de sus hermanas al recibir el disco por correo: "Mummy tenía razón. Debías deditarte a la música y no a la finca".